

Movimiento, actividad, dinamismo... inquietud... inestabilidad... todo esto es la edad moderna.

Pero ese movimiento, esa actividad, ese dinamismo... no son precisamente exuberancia de vida.

El hombre desorientado a Dios, siente un vacío... y quiere llenarlo... y trata de llenarlo con preocupaciones políticas, sociales. El hombre... que dentro tiene un vacío, más que en ninguna otra época... vive proyectado sobre el mundo exterior. Pero en ese mundo exterior... todo se le va de las manos... no encuentra nada sólido, estable... de todas formas por ahora se entretiene... y es el único recurso de distraerse que le queda.

Mañana... cuando no haya eso... cuando haya experimentado... la futilidad de todo eso que aun le atrae y le distrae... política, imperio, orden nuevo... qué va a ser de la humanidad? ¿A qué se entregará?

¡Británicos!

Se va a ser nuestro momento. Hoy necesitamos considerar nuestro grande 29. vivirá nuestra dignidad.

El racionalismo ha fracasado... el hombre necesita creer... creer y vivir nuestros dogmas.

Se veía que necesariamente tiene que sentir el mundo, no le puedo llevar nada más que un cristianismo dogmático, auténtico, auténtico... no el atenuado de, no el demitocrático... racionalista... no un cristianismo reducido

a su mínima expresión - sino el entusiasmo de la caridad, de la fraternidad, del amor. - ese cristianismo que es la antítesis del egoísmo que ha desencadenado este desastre, que es antítesis del egoísmo que le ha separado al hombre de Dios... al buscarse a sí mismo, que por fin se pierde también en este colectivismo denigrante.